

AGUA

Ha llovido tanto este febrero que el agua nos llega hasta la cintura. Achicamos la trinchera, pero cae una tromba y ya está llena otra vez. La comida no llega. No tenemos recipientes suficientes para recoger el agua de lluvia, pasamos sed. Y la fuente de mi pueblo incansable, el caño abierto y nadie para recogerla. Se habrán marchado todos no sin antes enterrar a los suyos. Aquí no paramos de enterrar. No los contamos. Casi todos unos críos como yo que acabo de cumplir dieciocho. Nosotros ahora no lo sabemos, pero luego nos llamarán los de la Quinta del Biberón. El alcalde llamó a concejo y nos habló del golpe de estado al gobierno legítimo y ninguno dudó, pero luego más de uno nos hemos arrepentido, pero tampoco hubiera servido porque nos habrían traído a la fuerza. Lo que no me explico es cómo han tenido el valor de venir a ayudarnos hombres voluntarios incluso desde América. Cuando alguno cae muerto lo enterramos con los nuestros. No pueden enviar sus cuerpos a sus países, no hay medios. Y a la abuela también la dejaron en el cementerio ya casi lleno. Eso me decía madre en la única carta que he recibido en los siete meses que llevo aquí. Nos mandaron construir la trinchera en la parte más estrecha de este valle. De aquí no pueden pasar si no es llevándonos a todos por delante. Cavamos dos cuevas grandes en las laderas de las montañas que están en uno y otro extremo. Instalamos allí los equipos, la cocina y los espacios para dormir. Como están en alto no se inundan. Allí descansamos, pero la ropa no se seca. Estamos mojados todo el día y caemos enfermos. He aprendido a fumar para matar el hambre. Tragas humo y el estómago se hincha. La cueva es como la casa de uno. Cuando no estamos rendidos hablamos. Les digo que ya nunca podré comer las tortas que hacía la abuela, y la casa vacía. Mi madre y mi hermana Ana a saber dónde están y mi padre y yo en frentes contrarios. Luego habla otro y luego otro y así hasta que van entrando hombres mojados tiritando y nosotros tenemos que salir y ocupar sus

puestos. Pensamos que nos pueden atacar por las laderas de las montañas que cierran el valle, pero no lo harán hasta la primavera o el verano cuando crezca la vegetación y no podamos verlos. Ahora todavía es febrero y está el monte pelado